

Año 1 Número 10 - Agosto 2014



SOCIEDAD DE AUTORES  
INDEPENDIENTES

Por una verdadera Revolución Editorial

# Umbral

Revista Literaria

## Maestros

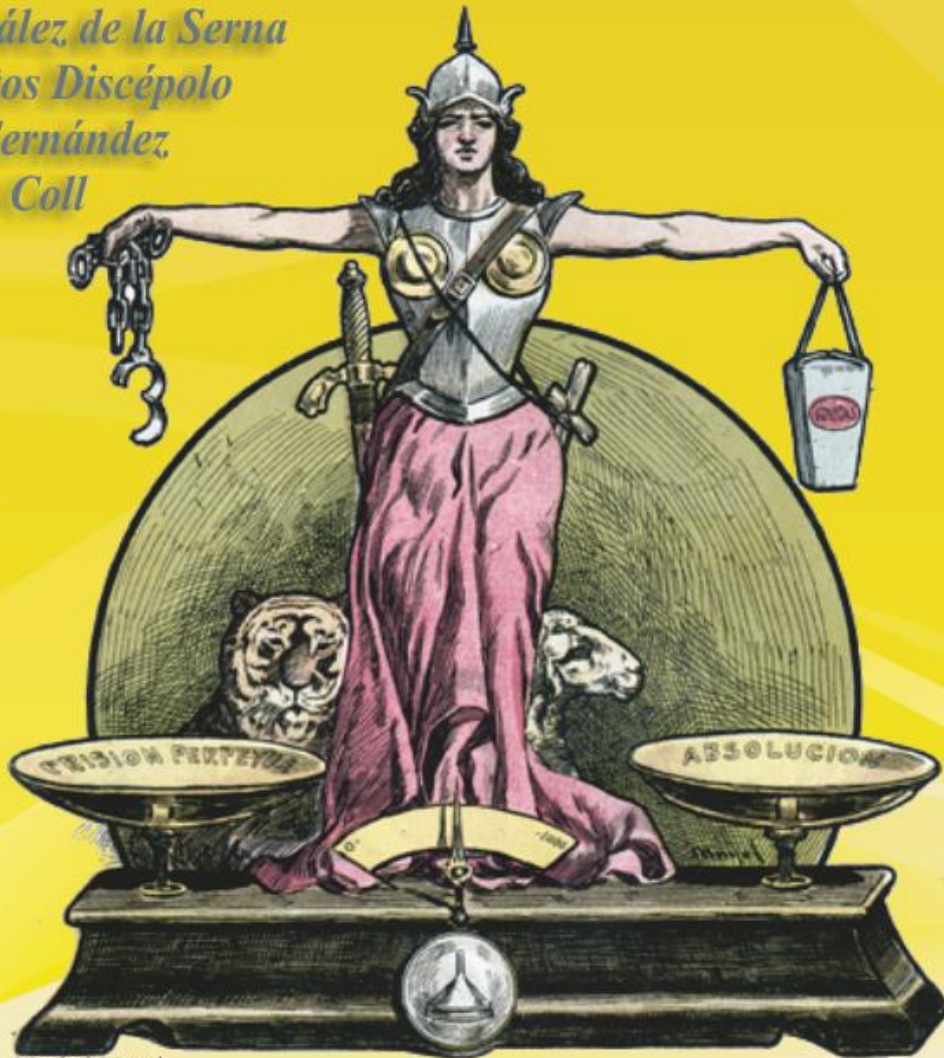
*Ramón González de la Serna*

*Enrique Santos Discépolo*

*Macedonio Fernández*

*Pedro Emilio Coll*

*Pío Baroja*



Manuel Mayol

## Colaboraciones:

*Lizandro Samuel    Nora Ibarra    David Hernández Rodríguez*  
*Don Srtxema    Diego Barrón    Francisco Vernet*  
*Henry Govani Aguiar Sánchez    Víctor Gabriel Pardo*

# Equilibrio justo

*Py* seguimos adelante! Qué gran equipo de trabajo hemos formado.

Uno puede tener una idea, ¿pero cómo llevarla a cabo sin el apoyo, capacidad y solidaridad de personas que confían en un proyecto?

Una idea es la simiente que genera un árbol que va a echar raíces y elevar sus ramas, debiendo ser este un proceso equilibrado, pues si tenemos muchas raíces y pocas ramas nuestro árbol dará pocos frutos y, si por el contrario tenemos el proceso inverso, veremos como pronto este colapsará y se dividirá por los mismos frutos que produjo.

El crecimiento de todo emprendimiento no escapa de las leyes naturales y se debe considerar el ejemplo de la pirámide de arena, en donde cuando agregamos material en la cantidad adecuada, esta irá creciendo, elevándose constantemente, en medio de pequeños desmoronamientos. Por lo contrario, si agregamos arena en exceso, la pirámide se desplomará, y si añadimos muy poca arena esta nunca se formará.

Quienes iniciamos y llevamos adelante SAINDE procuramos el equilibrio y creo que lo estamos logrando, tratando de llegar al punto óptimo de crecimiento.

En solamente un mes se va a cumplir nuestro primer año de existencia y queremos dar gracias a todos por su colaboración, por compartir con nosotros parte de su vida y por ser parte de este árbol.

*Eric J. Lagarrigue*  
Comisión Editorial



*Umbral*

*Revista Literaria*

Órgano oficial de la sociedad  
de Autores Independientes

**Año 1 - Número 10 - Agosto del 2014**

*Dirección general:* Naida Saavedra  
*Corrección y estilo:* Eric J. Lagarrigue  
*Diseño:* Álvaro Díaz  
*Composición:* Eric J. Lagarrigue  
*Imagen de portada:* Manuel Mayol

**Colaboradores de esta edición**

*Nora Ibarra Don Srtxema Henry Aguiar*

*Lizandro Samuel David Hernández*

*Diego Barrón Francisco Vernet Victor Pardo*

**Contacto:** revista@sainde.org

*Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores.  
Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.*

# Índice de contenido

## Editorial

Nota editorial (*Eric J. Lagarrigue*) ..... 1

## Cuentos

Tehami Corzía (*David Hernández Rodríguez*) ..... 3

Dejando las drogas (*Lizandro Samuel*) ..... 6

Como el agua (*Henry Govani Aguiar Sánchez*) .... 11

La sombrerera sin dedal (*Nora Ibarra*) ..... 21

## Poesía

El abuelo (*Don Srtxema*) ..... 8

Alcatraz (*Diego Barrón*) ..... 19

En tu balcón (*Francisco Vernet*) ..... 20

Perdiste mi curiosidad (*Diego Barrón*) ..... 23

## Maestros

Uno (*tango-Enrique Santos Discépolo*) ..... 9

Cambalache (*tango-Enrique Santos Discépolo*) .. 10

Olaverri el macabro (*Pío Baroja*) ..... 12

Un paciente en disminución  
(*Macedonio Fernández*) ..... 13

Los senos cuyo valor desconoce el dueño  
(*Ramón González de la Serna*) ..... 14

El diente roto (*Pedro Emilio Coll*) ..... 15

## Teatro

La exagerada: ¡Qué levante que tengo!  
(*Victor Gabriel Pardo*) ..... 17



*El derecho universal a la cultura y al acceso a la información es inalienable y no debemos renunciar a él, por ser un medio imprescindible para el crecimiento moral e intelectual de la sociedad.*

*Sociedad de Autores Independientes*

# Tehami Corzía

En memoria de A.C.

Habían pasado quince eternos meses de aquella mañana cuando su médico, con cara de circunstancia, le comunicó que la biopsia de hígado era positiva. Tenía cáncer.

Aquel día, como es de esperar, comenzó su martirio. Lo primero que le vino a su mente fue que, Alá le enviara la muerte, allí mismo, en ese preciso instante, en ese consultorio, frente al médico y su esposa. El doctor adivinando lo que pasaba por la mente de Tehami Corzía le habló de lo avanzado que estaba hoy en día el tratamiento para ese tipo de dolencias. Le programaron radioterapia, quimioterapia, radiografías. Debería cumplir dietas estrictas porque el hígado es muy delicado. Vio con el pasar de los meses como se le caía el cabello y era remplazado por una pelusa quebradiza. Tuvo que soportar estoicamente pinchazos, oraciones, dolores que poco caso le hacían a la morfina. Pruebas de sangre. Punzadas con agujas de todos los tamaños. La ropa le fue quedando grande. Pero, algo inquietante a lo que nunca se acostumbró, fue ser uno más de los alopécicos y con mascarilla en las silenciosas salas de espera de enfermos oncológicos, donde todos piensan en el final, pero rara vez hablan de ello. De cualquier manera, después de tantos meses de náuseas, insomnio y debilidad, había terminado con la quimio y la radioterapia. Después que han pasado estos largos meses, le tocaba enfrentarse con el médico. Ese día, ansioso, había llegado con su esposa a la consulta desde Marrakech al hospital en Casablanca, más temprano de lo usual, le darían los resultados de sus últimos exámenes.

—“Tehami Corzía” gritó una enfermera al final de un pasillo.

Él no escuchó. Latifa, su mujer, lo sacó de sus pensamientos de un codazo en el costado. Entraron al consultorio. Ella delante, él la seguía temeroso.

Salam alaykoum

Aleikum essalam.

El médico, un berebere de nariz inmensa, los invitó a sentarse. Con cara de felicidad le comunicó que todo estaba a pedir de boca, tenía buenas noticias;

— La tomografía de abdomen se ve bien, no queda aparentemente ningún tumor. Tendrás que regresar en cuatro semanas para nuevos análisis. Continúa tomando este tratamiento por vía oral y de vez en cuando te haremos exámenes. Cuestión de rutina.

Tehami Corzía miró tranquilo a su esposa. No dijo nada. Salieron del hospital. Él, en silencio mantenía una calma solemne, no prestaba atención a la cháchara de su mujer que repetía sin descanso en berebere;

— Chefti...Anta Kafer Bellah... Ouwhaja Hakdak Rebi Chafak... Allah Kebir...Matatamench la beteba la bwalou... Chefti hahouma chafawk... Andeek Zher Kayheress lhjer... Wajha Makatstahelch...

Tehami y su familia vivían en Marrakech hacía muchos años, el tratamiento de su enfermedad lo había hecho en el Hospital Cheikh Khalifa Bin Zayed, el más grande y moderno en Casablanca. Era un viaje que tenían que hacer cada vez que requería atención médica. En el estacionamiento le pidió a su mujer las llaves del automóvil. Ella intentó persuadirlo de que no lo hiciera pero al final Tehami se impuso.

—Tengo mucho tiempo sin conducir y me siento bien, según el matasanos estoy curado.

En el viaje de regreso a Marrakech él mantuvo un silencio absoluto, tampoco escuchaba a su mujer que estridente no paraba de hablar. En el espejo retrovisor se vio envejecido y delgado, el cabello le crecía de nuevo, la piel más oscura.

—Ya no soy el mismo hombre, —pensó. Desconozco si estoy libre de las garras del cáncer. Quizá me quede algo de vida, quizá nada. Debo ser honesto esta vez conmigo aunque sea una vez en mi vida. Sé

que causaré dolor con lo que haré a mi mujer y a mis hijos. Alá es grande y sabrá perdonarme.

Tehami Corzía había nacido en Rabat hacía ya cincuenta y cinco años. Al terminar su carrera en la universidad encontró muy a su pesar, trabajo en Marrakech, hubiese preferido quedarse en su ciudad pero no tuvo otra opción, los trabajos estaban escasos. Decidió entonces intentarlo solo un par de años hasta encontrar algo mejor en Rabat. No ocurrió de esa manera. Conoció a Latifa, se casó y se quedó para siempre.

— ¡Al Hamdou Lilah! alabando al Señor por el milagro concedido. Te fijas, tú, incrédulo, Dios escuchó mis plegarias y ya no tienes de que preocuparte. Dios es grande.

Al ocaso llegaron a casa en Marrakech. Los hijos no estaban. Tehami Corzía con inusual calma se dirigió a su mujer;

— Escucha, Latifa, lo que tengo que decirte. He callado por cerca de treinta años, desde que nuestra hija tenía un poco más de uno de nacida. Entonces ocurrió “aquello” de lo que nunca volvimos hablar, ¡me dolió tanto!, pero decidí continuar a tu lado. Recuerdo decir que te perdonaba y juramos que nunca se hablaría del asunto y lo hemos cumplido. Te confieso ahora que en verdad, nunca te perdoné. Jamás lo he olvidado. Luego nacieron el resto de nuestros hijos. Trabajamos duro y hemos tenido una aparente buena vida. Has sido una excelente mujer, pero tengo que confesarte que dejé de amarte el día que supe “aquello”. Ahora tengo la edad que tengo y un tumor de hígado. Pues bien, no sé si es verdad que estoy libre del cáncer, pero es mi deber decirte que, me largo de aquí. Te dejo. Te dejé de querer hace más de treinta años. Nunca te exculpé, no. Odio esta ciudad, jamás me ha gustado. Cuando ya pudimos irnos a Rabat te opusiste. Te impones siempre. Ya no soporto el yugo al que me sometiste toda la vida. Perdóname, pero, no te quiero. Creo que te he odiado toda mi vida. No te soporto. Tómallo todo, me quedo con algo de dinero para hacer lo que me venga en gana, pero sin ti.

Latifa, abrumada por una terrible y silenciosa tristeza, se cubrió el rostro con sus manos y no encontró nada que decir. Su corazón latía alocadamente y sintió que se desvanecía. Se levantó alelada y se fue a su habitación. Cerró la puerta, abrió una ventana y entró proveniente del desierto una brisa cálida. Miró el inmenso cielo y vio que una estrella brillaba en el este.

Y se fue de casa Tehami Corzía. Tenía treinta años pensándolo.

—Aún y cuando ya estoy viejo y enfermo, a lo mejor es ya tarde. Tenía que hacerlo, me faltó valor, lo sé, ¿cuántas cosas he dejado a medio camino? cuántas cosas sin terminar, toda una vida sin atreverme. Lo peor de todo fue fingir que era feliz. Logré sonreír y amé a mis hijos. Pasaron los años, sí, pasaron tantos años. Mejor sería decir, dejé pasar el tiempo. Muchas veces sentía que no era feliz, pero tampoco infeliz, ¿qué tipo de existencia llevo? Me molesta pensar que me he sentado a esperar que pasara mi vida en silencio.

Empacó con calma sus cosas y sin despedirse salió de su casa. Cerró la puerta y tiró las llaves por una ventana. Cargó las maletas y partió. Condujo desde Marrakech esa misma noche a Marina Smir en Tetuán. No se detuvo en Rabat, tenía prisa. Rentó una casa con balcón con vista al mar. Estaba pintada de blanco por fuera y por dentro. Día y noche se escuchaba el rugir del Mediterráneo. Acomodó su ropa. Los siguientes días se mantuvo ocupado. No había en su corazón espacio para la tristeza. Aprendió en un curso de fin de semana a bucear. Por las mañanas antes de amanecer salía a caminar hasta que el sol le quemara la espalda. Luego para llenar su alma de gritos, colores y olores, se perdía por horas en la medina de Tetuán. Por las tardes se sentaba a mirar el mar. Planificando su futuro. No trabajaría nunca más. Tomaría clases de pintura y buscaría la manera de poder algún día lanzarse en paracaídas, tomaría clases. También tenía que aprender a tocar un instrumento musical, ¿qué instrumento musical escogería? No importa, cualquiera, tengo toda mi vida por delante. ¡Eso era el gran sueño de su vida! Pensó hacer un viaje a Europa, a la India y a Nepal, haría los arreglos muy pronto. En fin estaba libre.

Y por un mes fue feliz.

Exactamente treinta días de recuperada su libertad, sintió molestias en la garganta, comenzó con problemas para comer, y tres días más tarde murió sin darse cuenta que se moría, porque da la bendita casualidad de que estaba durmiendo.



Imagen gentileza Pixabay.com

Traducciones:

Tehami: Nombre muy común en Marruecos.

Salam alaykoum: Que la paz sea contigo.

Alaikum essalam: Que la paz sea también contigo.

Chefti: ¿Ves?

Anta Kafer Bellah: Eres un no creyente.

Ouwhaja Hakdak Rebi Chafawk: Y sin embargo Dios te ha curado.

Allah Kebir: Dios es Grande.

Matat amench la beteba la bwalou: Tú no crees en los médicos ni en nada.

Chefti hahouma chafawk: Viste, ellos te curaron.

Andek zher kayheress lhjer: Tu suerte es increíble.

Wajha Makatstahelch: A pesar de que no te lo mereces.

*David Hernández Rodríguez*

Maracaibo, Venezuela - 1951



# Dejando las drogas

La primera fue el éxtasis. Uno va como por escalas. Poco a poco las va dejando hasta darse cuenta de cuál es la que lo está jodiendo. Así tipo experimento y todo pues.

A mí me vino a la mente la palabra basta cuando se me acercaron Johnny y John, ese par de inseparables y disimiles. Yo estaba pasando el efecto de una pastilla que surfeaba las olas gástricas de mi estómago cuando Johnny se me sentó al lado.

El tipo, vestido con una franela verde y unos jeans, tenía la peculiaridad de no tener cabeza. O mejor dicho: de haber sustituido su cabeza por un televisor.

Aquello me hizo romper el record Guinness de espabilar en un minuto. Me froté los ojos como tratando de llorar el éxtasis, pero nada, la cabeza seguía igualita.

Lo llamativo es que todo eran guerras para él. Me hablaba de estadísticas de muertos, inseguridad, asesinatos, sangre, sesos y cosas así. Yo escuchaba su agresiva voz con un fondo musical acorde a las noticias. Ah, porque había un fondo musical. No me pregunten de dónde salía, ¿no es obvio?, del televisor; o sea, de la cabeza de Johnny.

Yo estaba extasiado, literalmente. El tema fue que después apareció John. Se sentó al otro lado como si nada, como si todo estuviese normal, ¡como si fuese lo más común del mundo llevar un televisor en la cabeza! Así es, John también tenía un televisor en vez de cabeza. Fue espantoso.

En cuestión de segundos, de mi boca, casi tan abierta como la de esos personajes de comiquita que en su asombro dejan caer la quijada hasta el suelo, empezó a rebotar un hilito de saliva. Ya ni siquiera parpadeaba. Oía, o creía escuchar, a John. El hombre, vestido con una franela anaranjada y unas bermudas de cuadritos, solo hablaba de paz y de que el mundo era un lugar maravilloso. Me mostraba imágenes de lugares que si no eran el paraíso se parecían mucho. “Eso es todo lo que existe, mi amigo”, me sonreía como seguro sonríe cualquier televisor cuando siente placer. “¡Alto! –gritó Johnny– ¡Lo estás engañando! Eso es mentira, el mundo no es así, el mundo es esto”, a continuación me abofeteó la imagen de niños raquíticos comiendo sus propias heces en medio de una balacera. Los cuerpiitos caían llenos de sangre, tierra y mierda. Cuando cesaron las balas, un niño, salvado por obra de quién sabe qué dios televisivo, se acercó a uno de los cuerpos y así, como si fuera lo más normal del mundo, lo empezó a mordisquear.

...

Tras dos meses sin consumir éxtasis, entendí que era momento de dejar la cocaína. ¿Qué pasó esta vez? Algo mucho más horroroso que el encuentro con John y Johnny.

El sexo, luego de aspirar unas líneas, es algo apoteósico. Rico, rico. A Carolina le gustaba; en especial por detrás, después de entonar la nariz. El asunto fue que nos dormimos al finalizar el tercer polvo. Cuando desperté –cuando me despertó, mejor dicho– no sabía si aquello era un difuminado de la realidad o Caro me quería joder. Su cuerpo estaba normalito, con un franelita de tiritas que dejaba ver la deliciosa punta de sus pezones, ¡pero su cabeza! ¡Su cabeza había sido sustituida por la de un extraño pájaro azul!

No estoy mintiendo. Sé que quizá eran alucinaciones de cocainómano, pero ahí estaba ella: parlotando sin parar a una velocidad de 140 letras por segundo. Me tenía mareado dentro del estupor. El pico azul, finito, apenas se abría; sin embargo, dejaba escapar opiniones sobre todo, sin ningún tipo de censura, cordura o pausa: solo opinaba o informaba. “Que en Pakistán pasó esto. ¿Ya vista la nueva devaluación? ¿Qué se cree este político? Ama la vida, vive happy. Querer es poder. La NBA es la liga con más audiencia”, bla, bla, bla. Hasta le dio por recitar frases de Paulo Coelho y poemas de Neruda y Benedetti; así, como si nada, como si pasar de un tema a otro fuera cosa de jalarse unas líneas.

...

Antes de dejar la cocaína terminé con Caro. Uno sabe que las mujeres cotorrean, pero aquello era absurdo. Además, ¿cómo iba a besarle el pico? ¡Y ni hablar de tener sexo con esa perturbadora cabeza azul de pájaro! ¡Las plumas me estaban empezando a dar alergia!

Entonces, cuando creí que mi vida retornaría a la normalidad, fue momento de bajarme del último escalón de las drogas: la marihuana.

Quien se ha echado un porro sabe el placer del que hablo cuando digo que el humo es poético. La vida transcurre entre aburridas experiencias hasta que uno conoce aquel placer natural que dicen mata neuronas; cosa que a uno no le importa, así como no le importa cansarse con el sexo. La vida debe llenarse de placer.

Un día fui a visitar a mi madre. La edad ya la estaba convirtiendo en esa viejita chismosa que hay en todas las urbanizaciones, cuadras y residencias, que es más enterada de la vida ajena que el FBI o que una novia celosa. El mismo estereotipo del que ella misma me decía que me cuidara. Así y todo, cuando me abrió la puerta lo primero que pensé fue que el monte me había devorado demasiadas neuronas.

Lo de ella era un monitor pantalla plana. Ya ni me asombré, había superado ese umbral después de lo de Caro. El monitor de mi mamá susurraba, como queriendo disimular, una inmensa cantidad de banalidades ajenas que no me importaban: “Fulanita terminó con el novio. Perencejo renunció al trabajo. ¿Viste adónde se fue de viaje la sinvergüenza esa?” A cada cosa, claro está, le acompañaba una foto. Tuve que alejarme de tanto chisme cuando empezó a mostrarme imágenes de gente pasando hambre, niños muertos o personas desnudas; pese a eso, se me hizo muy interesante la capacidad que había adquirido mi mamá para retener la vida de todos. ¡Hasta me señalaba con un ícono en la pantalla quién estaba soltero y quién no! “Es complicado”, creí ver al lado de una foto de Caro.

Total, abandoné la casa materna con la firme convicción de dejar también la marihuana. Así hice. A día de hoy, he dejado hasta el café; y creo que estoy enloqueciendo, porque cada vez es más la cantidad de personas que tienen en vez de cabezas televisores, monitores, radios, periódicos, blogs o cabezas de pájaro. Incluso fui al psicólogo. Cuando el tipo se dejó ver con un radio sostenido por su cuello abandoné el lugar sin decir nada. No sé, yo creo que la única droga que me queda por dejar es la realidad.



*Lixandro Samuel*

Caracas, Venezuela - 1993



# El abuelo

Míralo... Ahí viene,

como todos los días  
a la cita que no tiene.

Míralo... Ahí está  
aquel hombre maduro  
al que todos quieren  
Míralo... Como está,  
todo hecho un zagal  
pero ya...

de abuelo lo tratan.

Míralo... En su rostro está,  
un rostro marcado de pliegues,  
producto de la edad que hoy tiene.

Míralo... Tal vez haya sido  
el paso del tiempo, lo que forja  
el carácter que ahora tiene.

La vida que un día tuvo  
hoy parece escurrirse,  
entre esos dedos ya duros;  
duros, de tenerlos tanto tiempo  
curvados como puños,  
con los que pelear, hasta no hace mucho,  
pelear...  
contra este mundo.

Dios quiera...  
que durante mucho tiempo  
siga siendo fiel a su cita,  
pues, ya hace un tiempo  
que se ganó el descanso  
del caballero, que ha luchado  
durante largo tiempo  
contra este mundo.

Para ese abuelo que todos los días nos deleita  
con su visita.



*Don Irtxema*

*Vitoria-Gasteiz, País Vasco, España*

## Uno (tango)

Uno busca lleno de esperanzas  
el camino que los sueños  
prometieron a sus ansias.

Sabe que la lucha es cruel y es mucha,  
pero lucha y se desangra  
por la fe que lo empecina.

Uno va arrastrándose entre espinas,  
y en su afán de dar su amor  
sufre y se destroza, hasta entender  
que uno se ha quedao sin corazón.

Precio de castigo que uno entrega  
por un beso que no llega  
o un amor que lo engañó;  
vacío ya de amar y de llorar  
tanta traición...

Si yo tuviera el corazón,  
el corazón que di;  
si yo pudiera, como ayer,  
querer sin presentir...

Es posible que a tus ojos,  
que hoy me gritan su cariño,  
los cerrara con mis besos  
sin pensar que eran como esos  
otros ojos, los perversos,  
los que hundieron mi vivir...

Si yo tuviera el corazón,  
el mismo que perdí;  
si olvidara a la que ayer  
lo destrozó y pudiera amarte...

Me abrazaría a tu ilusión  
para llorar tu amor...

Pero Dios te trajo a mi destino  
sin pensar que ya es muy tarde  
y no sabré cómo quererte.

Déjame que lllore como aquél  
que sufre en vida la tortura  
de llorar su propia muerte.

Pura como sos, habrías salvado  
mi esperanza con tu amor.

Uno está tan solo en su dolor...  
Uno está tan ciego en su penar...

Pero un frío cruel, que es peor que el  
odio,  
punto muerto de las almas,  
tumba horrenda de mi amor,  
maldijo para siempre y se robó  
toda ilusión.



*Enrique Santos Discépolo*  
Argentina (1901 - 1951)

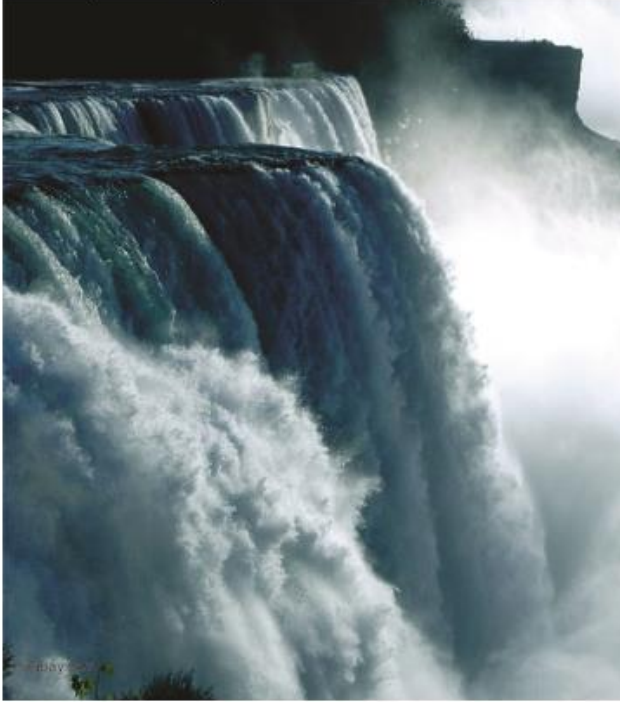
# Cambalache (tango)

Que el mundo fue y será una porquería, ya lo sé.  
 En el quinientos seis y en el dos mil, también.  
 Que siempre ha habido chorros, maquiavelos y estafaos,  
 contentos y amargaos, barones y dublés.  
 Pero que el siglo veinte es un despliegue de maldá insolente,  
 ya no hay quien lo niegue.  
 Vivimos revolcaos en un merengue y en el mismo lodo todos manoseados.  
 Hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor,  
 ignorante, sabio o chorro, generoso o estafador...  
 ¡Todo es igual!  
 ¡Nada es mejor!  
 Lo mismo un burro que un gran profesor.  
 No hay aplazaos ni escalafón, los ignorantes nos han igualao.  
 Si uno vive en la impostura y otro roba en su ambición,  
 da lo mismo que sea cura, colchonero, Rey de Bastos, caradura o polizón.  
 ¡Qué falta de respeto, qué atropello a la razón!  
 Cualquiera es un señor, cualquiera es un ladrón...  
 Mezclao con Stravisky va Don Bosco y La Mignon,  
 Don Chicho y Napoleón, Carnera y San Martín...  
 Igual que en la vidriera irrespetuosa de los cambalaches se ha mezclao la vida,  
 y herida por un sable sin remache ves llorar la Biblia junto a un calefón.  
 Siglo veinte, cambalache problemático y febril...  
 El que no llora no mama y el que no afana es un gil.  
 ¡Dale, nomás...! ¡Dale, que va...!  
 ¡Que allá en el Horno nos vamo'a encontrar...!  
 No pienses más; sentate a un lao, que ha nadie importa si naciste honrao...  
 Es lo mismo el que labura noche y día como un buey,  
 que el que vive de los otros, que el que mata, que el que cura,  
 o está fuera de la ley...

*Enrique Santos Discépolo*  
 Argentina (1901 - 1951)

# Como el agua

Pensamientos que se deslizan sigilosamente, serpenteando cada obstáculo, saltando sin temor alguno cualquier abismo por profundo que este sea, sin miedo a ser vaporizado en la caída, como aquella catarata que invita a soñar, aprovecha esta situación anegando todo lo que



está a su alcance a la vez que envuelve en una casi transparente nube, libre, que vuela sin tener alas, y una vez que ha conseguido impregnar todo a su alrededor, muy sutilmente vuelve a ser uno solo en lo más profundo de aquel abismo para seguir su camino, imparabile.

Sentimientos que no paran de brotar de un desbordado corazón, que se ha cansado de esperar y contener todo un manantial capaz de inundar el más árido desierto que encuentre a su paso, sin temor de sentir el posible rechazo aquel, que una vez creció en su interior cual presa que no deja fluir la vida, vida que estando allí se veía incapaz de surgir. Corazón y razón se han aliado para enseñarme a correr libremente, rompiendo ataduras, rompiendo prejuicios, imparabile.

Acciones que se sienten impulsadas desde lo más profundo de mi ser, pasos que emprendieron el camino suavemente y ahora se sienten con ganas de echar a correr. Una vida que encontró su cauce, vida que ahora forma parte de un todo tan grande, que no es más que una gota de agua encaminada a la inmensidad de un mar y ve como miles de ellas le acompañan, juntas de la mano en aquel despertar del que ahora forma parte, libertad. Ahora no importa que obstáculo se ponga por delante, correré, saltaré, como el agua de las nubes volaré, abriéndome paso como el manantial que brota, transparente, supurando vida, imparabile.

*Henry Govani Aguiar Sánchez*

Pretoria, Ecuador - 1975



# Olaberri el macabro

Olaberri era un pesimista jovial. No encontraba en el mundo más que vanidad y aflicción de espíritu. No tenía fe más que en la cal hidráulica y en el cemento armado. Para él, detrás de toda satisfacción venía algo negro y doloroso, que eran principalmente las facturas.

-¿Ve usted esa chica que se ha casado con el carabinero? -me preguntó hace tiempo con aire de profunda conmiseración.

-Sí.

-¡Qué infelices! Ahora mucha alegría, ¿eh?, y de viaje, pero luego ya vendrán las facturas.

A Olaberri le preocupaban las facturas. Para Olaberri, que era contratista en pequeño, las facturas eran como la sombra de Banquo, que aparece en el banquete de la vida.

Si Olaberri hubiera tenido el sentido estadístico de nuestro amigo Berecoche, ya difunto, diría que en la vida hay un 75 por ciento de facturas.

-Ya le he dicho al párroco -me contó una vez-: usted, con un cubo de agua y un hisopo, ya tiene para todo el año, y a vivir bien; nosotros, en cambio, pobres contratistas, siempre a vueltas con las facturas.

Olaberri tenía gustos macabros. Había construido en el cementerio varios sepulcros y trasladado cadáveres y huesos y algunos cuerpos recién muertos.

Al hacer la descripción de estos traslados sentía, sin duda, un ardor explicativo de artista medieval y macabro. Los huesos, las calaveras revueltas con tierra, los trozos de hábito o de ropa, la madera podrida de los ataúdes, todo daba pábulo a su charla pintoresca.

Al relatar el traslado de algún cuerpo recién enterrado, se lucía; entonces los detalles realistas eran tan terribles que a cualquier persona sencilla se le ponían los pelos de punta.

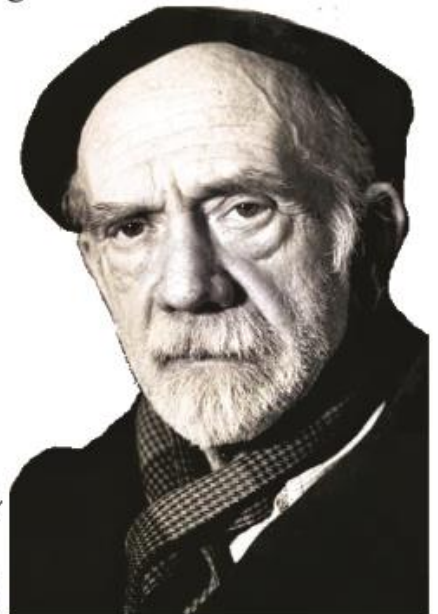
Salían a relucir los busanos blancos y las gurgujas verdes, y al último la gente no sabía si temblar de asco o echarse a reír.

Él no tenía repugnancia por nada.

-Los mejores caracoles que hay comido -solía decir-, los hay cogido en la tumba del difunto párroco. Nunca los hay comido mejores.

Pío Baroja

España 1872-1956



# Un paciente en disminución

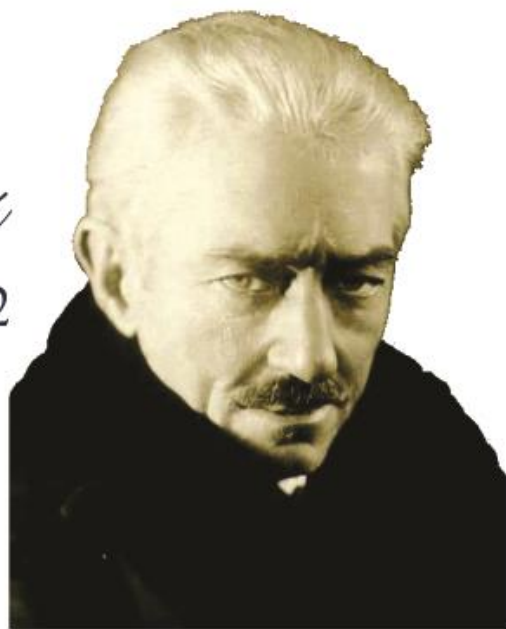
El señor Ga había sido tan asiduo, tan dócil y prolongado paciente del doctor Terapéutica que ahora ya era sólo un pie. Extirpados sucesivamente los dientes, las amígdalas, el estómago, un riñón, un pulmón, el bazo, el colon, ahora llegaba el valet del señor Ga a llamar al doctor Terapéutica para que atendiera el pie del señor Ga, que lo mandaba llamar.

El doctor Terapéutica examinó detenidamente el pie y “meneando con grave modo” la cabeza resolvió:

-Hay demasiado pie, con razón se siente mal: le trazaré el corte necesario, a un cirujano.

*Macedonio Fernández*

Argentina 1854 - 1952



# Los senos cuyo valor desconoce el dueño

Nadie jamás había tocado sus senos. Habían tenido una perfecta seriedad en su pecho. Estaban reservados para que muriesen inactivos en el árbol solitario.

No supo él los senos nuevos e intactos que se llevaba, los senos de miel que tenía entre manos. La noche de sus bodas aquella mujer debió buscar el amante que se diese cuenta.

¡Qué irreparable pérdida!

En aquella noche, como todas las noches, perdieron su fragancia los senos preciosos en las manos del tratante de naranjas.

*Ramón González de la Serna*

España 1888 - Argentina 1963



# El diente roto

A los doce años, combatiendo Juan Peña con unos granujas recibió un guijarro sobre un diente; la sangre corrió lavándole el sucio de la cara, y el diente se partió en forma de sierra. Desde ese día principia la edad de oro de Juan Peña.

Con la punta de la lengua, Juan tentaba sin cesar el diente roto; el cuerpo inmóvil, vaga la mirada sin pensar. Así, de alborotador y pendenciero, tornóse en callado y tranquilo.

Los padres de Juan, hartos de escuchar quejas de los vecinos y transeúntes víctimas de las perversidades del chico, y que habían agotado toda clase de reprimendas y castigos, estaban ahora estupefactos y angustiados con la súbita transformación de Juan.

Juan no chistaba y permanecía horas enteras en actitud hierática, como en éxtasis; mientras, allá adentro, en la oscuridad de la boca cerrada, la lengua acariciaba el diente roto sin pensar.

-El niño no está bien, Pablo -decía la madre al marido-, hay que llamar al médico.

Llegó el doctor y procedió al diagnóstico: buen pulso, mofletes sanguíneos, excelente apetito, ningún síntoma de enfermedad.

-Señora -terminó por decir el sabio después de un largo examen- la santidad de mi profesión me impone el deber de declarar a usted...

-¿Qué, señor doctor de mi alma? -interrumpió la angustiada madre.

-Que su hijo está mejor que una manzana. Lo que sí es indiscutible -continuó con voz misteriosa- es que estamos en presencia de un caso fenomenal: su hijo de usted, mi estimable señora, sufre de lo que hoy llamamos el mal de pensar; en una palabra, su hijo es un filósofo precoz, un genio tal vez.

En la oscuridad de la boca, Juan acariciaba su diente roto sin pensar.

Parientes y amigos se hicieron eco de la opinión del doctor, acogida con júbilo indecible por los padres de Juan. Pronto en el pueblo todo se citó el caso admirable del "niño prodigio", y su fama se aumentó como una bomba de papel hinchada de humo. Hasta el maestro de la escuela, que lo había tenido por la más lerda cabeza del orbe, se sometió a la opinión general, por aquello de que voz del pueblo es voz del cielo. Quien más quien menos, cada cual traía a colación un ejemplo: Demóstenes comía arena, Shakespeare era un pilluelo desarrapado, Edison... etcétera.



Creció Juan Peña en medio de libros abiertos ante sus ojos, pero que no leía, distraído con su lengua ocupada en tocar la pequeña sierra del diente roto, sin pensar.

Y con su cuerpo crecía su reputación de hombre juicioso, sabio y "profundo", y nadie se cansaba de alabar el talento maravilloso de Juan. En plena juventud, las más hermosas mujeres trataban de seducir y conquistar aquel espíritu superior, entregado a hondas meditaciones, para los demás, pero que en la oscuridad de su boca tentaba el diente roto, sin pensar.

Pasaron los años, y Juan Peña fue diputado, académico, ministro y estaba a punto de ser coronado Presidente de la República, cuando la apoplejía lo sorprendió acariciándose su diente roto con la punta de la lengua.

Y doblaron las campanas y fue decretado un riguroso duelo nacional; un orador lloró en una fúnebre oración a nombre de la patria, y cayeron rosas y lágrimas sobre la tumba del grande hombre que no había tenido tiempo de pensar.

*Pedro Emilio Coll*

Venezuela 1872 - 1947



# La exagerada: ¡Qué levante que tengo!

Ella: ¡Qué lindo día para salir a pasear, eh!

Él: (SILVAAL VERLA PASAR) ¡En serio, está hermoso, eh... el día, digo!

Ella: Sí, ¿viste? ¿Te gusta?

Él: ¡Vos me gustás!

Ella: ¿En serio? ¿Te gusto mucho? ¿Quieres ser mi novio?

Él: ¡Epa! ¿Qué te parece si mejor salimos un par de veces y después vemos lo del noviazgo?

Ella: Pero... ¿Por qué? ¿No te gusto lo suficiente como para ser tu novia? ¡¿No soy suficiente mujer para tener novio?! ¡¿Se puede saber qué clase de mujeres te gustan?!

Él: ¡Bueno, che, calmate! ¿Por qué gritás tanto si ni nos conocemos? ¿Quién te dijo que no sos suficiente mujer? ¡Solo digo que deberíamos conocernos un poco más...! ¿No te parece?

Ella: Puede ser... Puede ser... (SENSUAL) ¿Y dónde querés que nos conozcamos? ¿Vivís por acá cerca? ¿Qué cosas querés hacerme conocer?

Él: ¡Hey, despacio...! ¡Cálmate...! ¡No, soltame que estamos en público!

Ella: ¡Ah, bueno! ¿Te pusiste tímido?

Él: No, no... ¡Pero recién nos conocimos!

Ella: ¡¿Pero no dijiste que nos deberíamos conocer mejor, antes de ponernos de novios?! ¡Estoy tratando de conocerte... TODO!

Él: Ok... Te voy a hacer conocer... todo. ¡Pero primero decime cómo te llamás, al menos!

Ella: (GRITANDO) ¡¿Cómo? ¿No te acuerdas mi nombre?! ¡Andá...! ¡¿Te sirvo para darte placer nomás?! ¡¿Te creés que yo soy un “Touch and go”?! ¡Vos querés manosear la mercadería pero no la querés comprar! ¡¿Te creés que soy una muestra gratis, como esas salchichitas que regalan en el supermercado?!

Él: ¡Pero si yo no te toqué! ¡Vos me tocaste!

Ella: ¡¿Y qué querés que haga si ni te me acercabas?! ¿Siempre esperas a que la mujer dé el primer paso?

Él: ¡¿Qué?! Pero... ¡¿Entonces de qué te quejas?!

Ella: ¡Yo no soy ninguna muestra gratis! ¡Ya te lo dije! ¿No sabías que todo cuesta?

Él: ¡¿Vos me estás queriendo cobrar por manosearme ahí?!

Ella: ¡Bueno, bueno! ¡Yo no dije que te iba a cobrar! ¡¿Qué te pasa? ¿Me vas a decir que no te gusto?! No mientas...

Él: ¡Yo no pago por esas cosas! ¡¿Te pensás que necesito andar pagando con la pinta que tengo, querida?!

Ella: (ALEGRE) ¡¿Cómo me dijiste?! ¡¿Querida...?! ¡Me gritaste querida a los cuatro vientos! ¡¿Me estás diciendo que me querés?! ¡Seguro que me amas un montón! ¡Yo sabía que me amabas! ¡¿Por qué no te mudas conmigo?! ¡Ya mismo voy a decirle a mi mamá que conseguí marido!

Él: ¡¿Qué?! ¡No, no, no, no, no! ¡¿Qué estás diciendo?! ¡Espera un poco!

Ella: ¿Vos decís? Bueno, si querés no le decimos nada a mamá hasta que nos vayamos a casar. Es que ella no entendería... Es que es un poco exagerada ¿Sabés?

FIN



*Victor Gabriel Pardo*  
*Buenos Aires, Argentina - 1984*

# Alcatraz

¿Y a quién le contarás de mí?

¿Quién sabrá nuestra historia y tu dolor?

¿Frente a quién seré el malo de tu fantasía?

¿Quién verá de nuevo a la “mujer lastimada”?

Porque yo justo así te conocí, un día negro, un día sin paz  
un día sin recuerdos por alguna unión, un atardecer bello,  
sin algún sentido de ser nuestro.

Contaste la historia de mi antecesor  
y así mi interés y lástima por ti brotó.

¿Quién dudaría del alcatraz blanco y dolido?

¿Quién sabría del rosal entre tus placeres, a quién lastimarían tus espinas?

Y no es bálsamo ni aliciente

no es cura ni remedio

es el sueño difuso del alcatraz que conocí, es el sueño sin deseo que vi en ti.

Fue el alcatraz que hoy es un rosal.



*Diego Barrón*

*D.F., México*

# En tu balcón

¿Y a quién le contarás de mí? Aún es incierta la hora...

En el atemporal momento en que tu imagen de mí se adueña.  
 Enfrento el frío de la madrugada, desnudo, aferrado a ti en la distancia.  
 Aferrado a tu imagen... evocación de mi deseo  
 Aferrado a tu voz... que me ordena... es mi dueña  
 Aferrado al tacto de tu piel... mi cárcel  
 ¡Respiro... e inútilmente contengo el ansia de ti!

Ahora, aún se antoja lejano el crepúsculo del alba.  
 Silente, vuelo hasta tu balcón, presa de la levedad del ansia de tenerte...  
 ¡Suavemente aleteo, al posarme en el estribo de la guarda que defiende la entrada de tu puerta!

¡Tuve que venirme... para ti!

Tu silueta, debajo de la manta de satín, insinúa en mí la esperanza de tenerte...  
 De poseerte, de entrar entre tus sábanas...  
 Hurgando tiernamente, entre tus esquinas y pliegues.  
 ¡De rodillas caigo ante la hermosura de tu sonrisa!  
 ¿Duermes? ¿Me habrás adivinado entre sueños?

Luchando contra la urgente necesidad de poseer tu cuerpo,  
 Me puse de pie en el borde de la puerta de tu habitación...  
 En donde sentí mi propia presencia, entrando duro en el interior de tus dominios...  
 ¡Entrando firmemente entre tus acogedores brazos... directo a tu regazo!  
 Directamente a tus espacios cálidos, donde estaría protegido, sin ningún temor de la llegada de la aurora...

Así... estando bajo tu cobijo,  
 Oculto en tus dulces vacíos,  
 Abrazado por tu bullente humedad,  
 Ahí... en donde vive tu intenso deseo,  
 Empapado de tu efervescente magia,  
 Yo no temería nunca, la intrusión del sol...

Absorto en mi deseo por ti,  
 Los primeros rayos del sol naciente, me encuentran desprevenido...  
 Levanto el vuelo, dejándote una flor...  
 Como una muestra representativa, de esa suave caricia,  
 ¡Que aún hoy... he temido darte!



*Francisco Vernet*

*Ciudad de México, México - 1964*

# La sombrerera sin dedal

No sé realmente si para hacer sombreros es necesario usar dedal. Sé que para coser sí, lo aprendí escuchando a la sombrerera que se la pasaba diciendo —Costurera sin dedal cose poco y cose mal—. Ella no sólo cosía bien, también hacía sombreros y bordaba encaje como ninguna, creo que sentía una necesidad interior de perfección en su vida reprimida de los placeres que la vida misma produce. Estaba siempre con el ceño fruncido, no tenía sentido del humor y sólo se comunicaba con el mundo externo a través del diálogo que mantenía con su máquina de coser y aquellos cabezales para armar sombreros.

Yo la espiaba todo el tiempo, mujer diminuta de ojos azules, ¿qué estaría pensando?... ¿Sentiría algo por alguien. Se habría enamorado alguna vez?... Habría sentido deseos de saltar la cerca o salir de noche por una ventana como había hecho Lena, aquel personaje de la novela de Faulkner.

Mujer criada en España y de infancia austera, su juventud no fue menos, parecía que todo lo hacía en función del deber, raras veces sonreía, sólo atinaba a felicitar diciendo —¿Por qué no estuvo mejor?— ¡Válgame Dios, qué manera de lisonjear!

Su trabajo era espectacular, vestía a todo el barrio y a mí también, tenía la profesión que le era permitida a las mujeres en esa época, o tal vez, la que pudo aprender.

Lo que más me intrigaba era lo que ella sentía, como haría contacto con su erotismo, con el sexo, con las noches de orgasmos solitarios, ¿se habría mirado alguna vez desnuda en aquel espejo donde hacía la prueba de ropa a sus clientas? Era todo un misterio para mí que me llenaba de ansiedad y me dejaba expectante, eso fue lo que me llevó a espiarla. La mujer solía dejar la puerta de calle sin llave para que las clientas pudiesen entrar directamente sin llamar. Entonces yo a hurtadillas entraba y la espiaba. Grababa cada movimiento que realizaba, la mano izquierda sujetando la tela que pasaba por debajo de la aguja en el pespunte, su mano derecha dando ímpetu a la rueda de la máquina. Debajo con las piernas levemente entreabiertas, movía el pedal en una danza sincronizada.

Una tarde entré decidida, me acerqué a ella y a su máquina de coser y le dije

—¿Usted qué siente?... ¿nunca estuvo enamorada?... ¿por qué?, ¿no le gustaría tener un novio que la abraza fuerte y le diga cosas al oído?, ¿usted nunca... nunca?...— Fue suficiente para que la mujer me arrastrase hasta la puerta de la casa diciéndome —¿Quién te dijo esas cosas? ¿Dónde las escuchaste?— Su mirada azul se oscureció tanto que parecía que un temporal me tenía atrapada por los hombros. Me puso fuera de la casa y antes de cerrar la puerta exclamó

—¡Ya voy hablar con tú mamá!—

No sé si habló con mamá, a mí en casa nadie me reprendió. Yo, por decisión propia y ante los acontecimientos no fui más. Poco después nos mudamos del barrio y no la volví a ver. Una vez en la tele mostraron un desfile de modas donde desfilaron sus sombreros y la enfocaron. Estaba seria como siempre.

Pasaron los años. Una tarde caminando por el centro me detuve delante de una tienda que vendía sombreros, se llamaba “La Costurera Sin Dedal” ¿Sería ella? ¿Qué hacía en el centro de la ciudad? Decidí entrar, total, si era ella había pasado tanto tiempo que no iría a reconocerme. Al entrar me atendió una vendedora bajita, rubia y sonriente a la que me atreví a preguntarle

—¿Hace mucho que tiene este negocio?

La chica, arrugando la nariz para un lado y para otro, me respondió:

—Es una larga historia, ¿tiene un ratito, quiere que se la cuente?

Asentí con la cabeza.

La jovencita comenzó con el relato.

— La tienda la heredé de mi mamá que murió el año pasado, mi abuela era modista, sombrerera y tejedora de encaje muy buena para su época. Vivía en Villa del Parque.

Mi corazón se estremeció

La chica, que no sabía lo que estaba pasando dentro de mí, prosiguió

—Cuando era chica la llevaron a España, pasó toda su infancia allá; a los catorce años se enamoró perdidamente de un hombre casado; el hombre también la quería pero estaba casado y vio como es en los pueblos – agregó ingenuamente con la voz cada vez más afinada por la emoción – La mujer de él se enteró y sin decir “a”, agarró un cuchillo y lo mató. Para esto mi abuela estaba embarazada de tres meses; cuando lo supo su mamá, mi bisabuela, la echó de casa. Ella se fue a la casa de la tía en el pueblo vecino; amamantó su hija lo más que pudo y después se vino para Argentina. Se trajo la máquina de coser y los cabezales para armar sombreros en el barco. Al principio vivió en una pensión, después alquiló una casita y montó su taller. Se hizo famosa, aparecía en la tele y todo. Cuando mi mamá cumplió catorce años la hizo venir de España y la educó en un colegio inglés. Mi mamá era traductora, hablaba cinco idiomas y se casó con mi papá que era capitán de barco. Yo le puse ese nombre a la tienda porque mi abuela siempre decía... – la chica y yo repetimos al unísono– “COSTURERA SIN DEDAL COSE POCO Y COSE MAL”

—¡ESO! ¿Cómo usted sabe?...



*Nora Ibarra*

*Buenos Aires, Argentina - 1953*



# Perdiste mi curiosidad

En más de una ocasión tú y tus preguntas causaron la curiosidad en el trozo de hombre que te escribe.

Hoy, hoy tienes mi atención.

Y es que tu apática forma de responder, tu desapego a lo sentimental, tu manera de fumar Malboro light. Son un cliché de niña mal.

Son una burla a lo que busca mi tranquilidad.

Son los escritos mal logrados en hojas de cuaderno.

Son trocitos de tiempo a punto de llegar al punto de fusión y convertirse en agua.

Son la incongruencia en mi regla perfecta.

Son la anomalía de mis fantasías.

Eres lo que mi trozo de alma necesita.



*Diego Barrón*

*D.F., México*